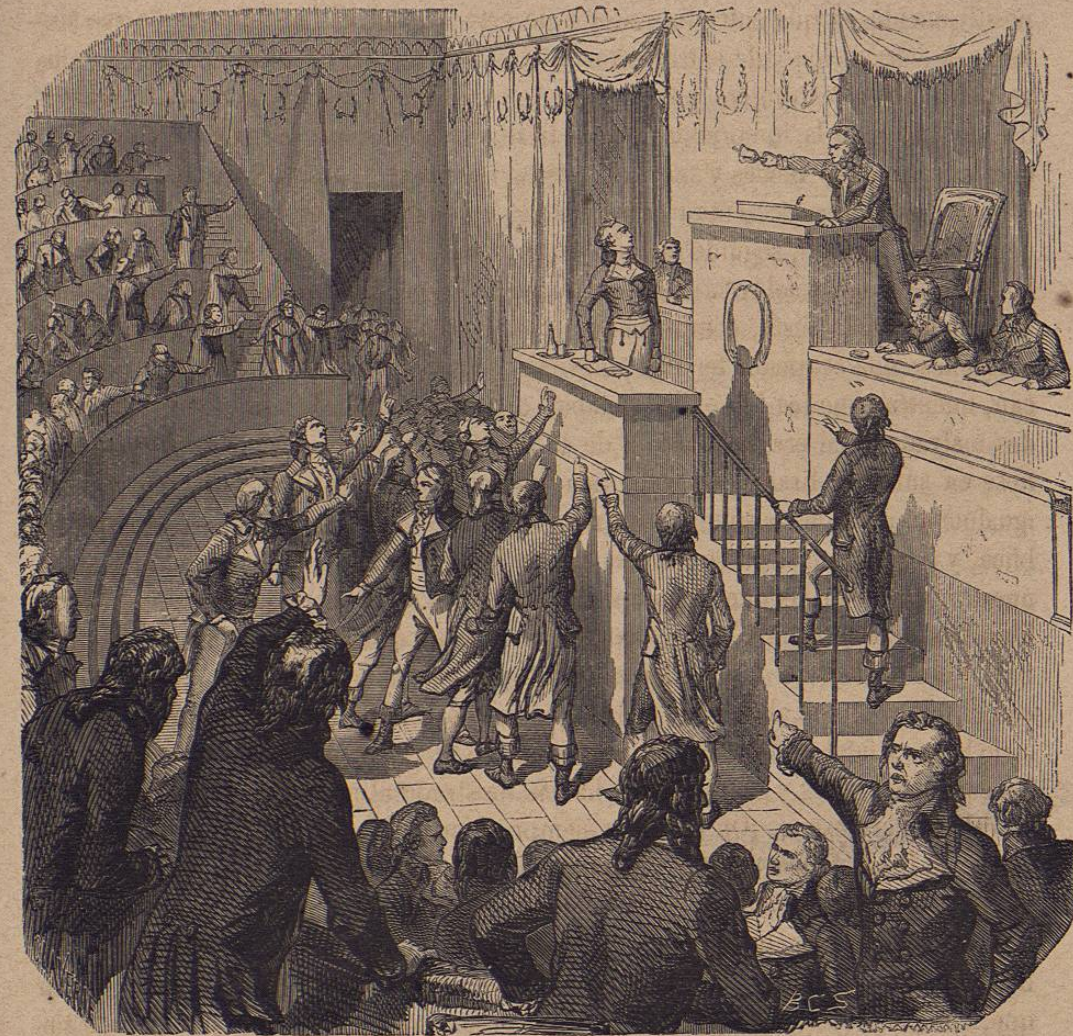


y sobre todo, de lo que no he dicho. Cuando han formado esa tempestad de odios, de venganzas, de terror y de amor propio irritado, han creído que ya era tiempo de estallar. Pero ¿quiénes son estos calumniadores? Yo puedo responder que los autores de este plan de calumnia son desde luego el duque de York, Mr. Pitt y todos los tiranos armados contra nosotros. ¿Y después?... ¡Ah! Yo no me atrevo á nombrarlos en este instante y en este sitio, no puedo resolverme á descorrer el velo que cubre este profundo misterio de iniquidades; pero lo que puedo afirmar positivamente, es que entre los autores de esta trama están los agentes de ese sistema de corrupcion y de extravagancia, el más poderoso de todos los medios inventados por el extranjero para perder la república, están los apóstoles impuros del ateísmo y de la inmoralidad, cuya base es. La tiranía no había pedido á los hombres sino sus bienes y sus vidas; éstos nos piden hasta nuestras conciencias: con una mano nos presentan todos los males, y con la otra nos arrancan la esperanza. El ateísmo, seguido de todos los crímenes, vierte sobre el pueblo el luto y la desesperacion, y sobre la Representacion la sospecha, el desprecio y el oprobio. Una indignacion justa, comprimida por el terror, se agitaba sordamente en los corazones; una erupcion terrible, inevitable, fermentaba en las entrañas del volcan, mientras que los filosofillos jugaban estúpidamente sobre su cráter con grandes malvados. Tal era la situacion de la república, que, sea que el pueblo consintiese en sufrir la tiranía, sea que sacudiese violentamente el yugo, la libertad era igualmente perdida, porque por su reaccion hubiese herido de muerte á la república, y por su paciencia se hubiera hecho indigna. Así, de todos los prodigios de nuestra revolucion, el que la posteridad concebirá ménos será que hayamos podido librarnos de este peligro. ¡Eternas gracias os sean dadas, habeis salvado á la patria! Vuestro decreto de 18 Floreal es por sí solo una revolucion: habeis herido con el mismo golpe al ateísmo y el despotismo sacerdotal; habeis avanzado medio siglo la hora fatal de los tiranos; habeis unido la causa de la revolucion á todos los corazones puros y generosos, la habeis mostrado al mundo en todo el brillo de su celeste hermosura. ¡Oh dia para siempre afortunado en que el pueblo frances entero se levantó para rendir al Autor de la naturaleza el único homenaje digno de él! ¡Qué patética reunion de todos los objetos que pueden encantar las miradas y el corazon de los hombres! Sér de los séres, el dia en que el universo salió de tus poderosas manos, ¿brilló con una luz más agradable á tus ojos que el dia en que, rompiendo el yugo del crimen y del error, compareció ante tí digno de tus miradas y de tus destinos? Este dia había dejado en Francia una impresion profunda de calma, de felicidad, de sabiduría y de bondad. Pero cuando el pueblo, en presencia del cual todos los vicios particulares desaparecen, vuelve á sus hogares domésticos, los intrigantes reaparecen y vuelven á su papel de charlatanes. Desde aquella época se los ha visto agitarse con nueva audacia, y buscar el castigo de los que habían desconcertado el más peligroso de todos los complots. ¿Se creará que en el seno de la alegría pública algunos hombres hayan respondido por acciones de furor á las tiernas aclamaciones del pueblo? ¿Se creará que al presidente de la Convencion nacional, hablando al pueblo reunido, se le insultase por ellos, y que estos hombres fuesen representantes del pueblo? ¿Qué se diría si los autores del complot de que acabo de hablar fuesen del número de los que han conducido á Danton, Fabre y Desmoulin al cadalso? ¡Cobardes! ¡Querian hacerme

bajar al sepulcro con ignominia, y que no dejase en la tierra sino la memoria de un tirano! ¡Con qué perfidia han abusado de mi buena fe! ¡Cómo fingian adoptar los principios de los buenos ciudadanos! ¡Cómo su fingida amistad parecia sincera y cariñosa! De pronto sus facciones se han vuelto sombrías, y una feroz alegría brilló en sus ojos; éste era el momento en que creian aseguradas sus medidas para confundirme. En el dia de hoy me acarician de nuevo, su lenguaje es más afec-



Robespierre acusado.—Pág. 470.

tuoso que nunca. Hace tres dias estaban dispuestos á denunciarme como un Catilina; en el dia me suponen las virtudes de Caton. Aún les falta tiempo para combinar sus criminales tramas. ¡Cuán atroz es su objeto! Pero ¿qué despreciables los medios que emplean! Juzgadlo por un solo rasgo. He sido momentáneamente encargado, en ausencia de mis colegas, de vigilar una secretaría de policia general reciente y débilmente organizada en el comité de salud pública. Mi corta gestion á se ha limitado á provocar unas treinta disposiciones, sea para poner en libertad patriotas perseguidos, sea para asegurar á algunos enemigos de la revolucion. Pues bien, ¿se creará que la sola palabra de *policia general* ha bastado para arrojar sobre mi cabeza la responsabilidad de las operaciones del comité de seguridad

general, de las equivocaciones de algunas autoridades constituidas, y de los crímenes de todos mis enemigos? Puede que no haya sido preso un individuo, vejado un ciudadano, sin que se dijese de mí: «Hé ahí el autor de tus males; tú vivirás dichoso y libre si él no existiese». ¿Cómo podría yo relatar ó adivinar todas las imposturas que han sido clandestinamente insinuadas, sea en la Convencion nacional, sea en otra parte, para hacerme odioso y temible? Me limitaré á decir que hace más de seis semanas, la naturaleza y la fuerza de la calumnia, la impotencia de hacer el bien y detener el mal, me han obligado á abandonar absolutamente mis funciones de miembro del comité de salud pública, y juro que para esto no he consultado más que mi razon y la patria.

»Como quiera que sea, ved que hace seis semanas que mi dictadura ha espirado, y que no he tenido ninguna influencia en el gobierno. ¿El patriotismo ha sido más protegido? ¿Las facciones más intimidadas? ¿La patria más dichosa? Yo lo deseo. Pero mi influencia se ha limitado en todo tiempo á defender la causa de la patria ante la Representacion nacional y ante el tribunal de la razon pública; me ha sido permitido combatir las facciones que os amenazaban; he querido desarraigar el sistema de corrupcion y de desórden que ántes habian establecido, y que miro como el único obstáculo para el afianzamiento de la república. He pensado que esto no podia conseguirse sino sobre las eternas bases de la moral. Todo se ha ligado contra mí y contra los que participan de los mismos principios. ¡Oh! Yo les abandono mi vida sin sentimiento. Tengo la experiencia de lo pasado y veo el porvenir. ¿Qué amigo de la patria puede querer sobrevivir al momento en que no le es permitido servirla y defender la inocencia oprimida? ¿Por qué se ha de permanecer en un órden de cosas en que la intriga triunfa eternamente de la verdad, en que la justicia es una mentira, en que las más viles pasiones ó los temores más ridículos ocupan en los corazones la plaza de los sagrados intereses de la humanidad? ¿Cómo soportar el suplicio de ver la horrible sucesion de traidores más ó ménos hábiles para ocultar su hedionda alma bajo el velo de la virtud y aún de la amistad, pero que todos legarán á la posteridad el trabajo de decidir cuál de los enemigos de mi país fué el más cobarde y el más atroz? Viendo la multitud de vicios que el torrente de la revolucion ha acarreado entremezclados con las virtudes cívicas, temo alguna vez, lo confieso, mancharme á los ojos de la posteridad por la inmediatecion impura de hombres perversos que se introducen entre los sinceros amigos de la humanidad, y me aplaudo al ver al furor de los Verres y los Catilinas de mi país trazar una línea profunda de demarcacion entre ellos y todas las gentes honradas. He visto en la historia á todos los defensores de la libertad agobiados por la calumnia, pero sus opresores tambien han muerto. Los buenos y los malvados desaparecen de la tierra, pero en diferentes condiciones. ¡Franceses, no sufráis que vuestros enemigos se atrevan á abatir vuestras almas y enervar vuestras virtudes con su desoladora doctrina! ¡No, Chaumette, no, la muerte no es un sueño eterno!... Ciudadanos, borrad de los sepuleros aquella máxima grabada por manos sacrílegas, que arroja un velo fúnebre sobre la naturaleza, que desalienta á la inocencia oprimida y que insulta á la muerte. Grabad en su lugar esta otra: «La muerte es el principio de la inmortalidad».

»He prometido hace algun tiempo dejar un testamento temible á los opresores del pueblo; voy á publicarlo desde ahora con la independencia que conviene á la

situacion en que me he colocado; les lego la terrible verdad y la muerte. ¿Por qué los que os decian no ha mucho: «Os declaramos que marchamos sobre un volcan», creen en el dia que marchan sobre rosas? Ayer creian en las conspiraciones, y yo declaro que las creo en estos momentos. Los que os dicen que la fundacion de la república es una empresa fácil, os engañan, ó por mejor decir, no pueden engañar á nadie. ¿Dónde están las instituciones sábias ó los planes de regeneracion que justifican este ambicioso lenguaje? Pero ¡qué digo! ¿No quieren proscribir á los que los han preparado? Hoy los alaban porque se creen débiles; mañana los proscribirán si se creen fuertes. Dentro de cuatro dias, dicen, se repararán las injusticias. ¿Por qué las han cometido hace cuatro meses? ¿Y cómo los autores de nuestros males se corregirán ó se marcharán en cuatro dias? Se os habla mucho de vuestras victorias con ligereza académica que hace creer que no han costado á nuestros héroes ni sangre ni trabajos. Si las relatasen con ménos pompa, parecerian más grandes. No será con frases retóricas ni aún con hazañas de guerreros con lo que subyugarémos á Europa, sino por la sabiduría de nuestras leyes, por la majestad de nuestras deliberaciones y por la grandeza de nuestro carácter. ¿Qué se ha hecho para convertir nuestros triunfos militares en beneficio de nuestros principios, para evitar los peligros de la victoria ó para asegurar sus frutos?

»Ved una parte del plan de conspiracion. ¿Y á quién es preciso imputar estos males? A nosotros mismos, á nuestra cobarde debilidad con el crimen, á nuestro culpable abandono de los principios proclamados por nosotros mismos. No nos engañemos; fundar una inmensa república sobre las bases de la razon y de la igualdad, estrechar por un vigoroso lazo todas las partes de este inmenso imperio, no es una empresa que se puede acometer ligeramente: es la obra maestra de la virtud y de la razon. Todas las facciones nacen en tropel del seno de una gran revolucion. ¿Cómo reprimirlas si no sometéis sin cesar todas las pasiones á la justicia? No teneis otra garantía de la libertad que la observacion rigurosa de los principios de moral universal que habeis proclamado. ¿Qué nos importa vencer á los reyes, si somos vencidos por los vicios que llevan á la tiranía? Por mí, cuya existencia parece á los enemigos de mi país un obstáculo á sus odiosos proyectos, consiento voluntariamente en sacrificársela si su funesto imperio debe durar aún. ¿Quién podrá desear presenciar por más tiempo esta horrible sucesion de traidores más ó ménos hábiles para ocultar su hedionda alma bajo la máscara de la virtud hasta que sus crímenes lleguen á sazón, y que legarán á la posteridad el embarazo de decidir cuál de los enemigos de mi patria fué el más cobarde ó el más atroz?

»Pueblo, ten presente que si en la república la justicia no reina con un imperio absoluto, y que si esta palabra no significa el amor de la igualdad y de la patria, la libertad no es más que una expresion vacía de sentido. Pueblo, tú á quien temen, que adulan y que desprecian; tú, soberano reconocido, á quien se trata siempre como esclavo, acuérdate de que donde no impera la justicia, imperan las pasiones de los magistrados, y que el pueblo ha cambiado de cadenas y no de destinos. Sabe que todo hombre que se levante para defender la causa de la moral pública será agobiado de insultos y proscrito por los pícaros; sabe que todo amigo de la libertad será puesto entre el deber y la calumnia; que los que no puedan ser acusados de haber hecho traicion, serán acusados de ser ambiciosos; que la influencia de la probidad y de los principios se comparará á la fuerza de la tiranía y á la violencia

de las facciones; que tu confianza y estimacion serán títulos de proscripción para todos tus amigos; que á los clamores del patriotismo oprimido se les llamará gritos de sedicion, y que, no atreviéndose á atacarte en masa, te proscribirán en detalle en las personas de todos los buenos ciudadanos, hasta que los ambiciosos hayan organizado su tiranía. Tal es el imperio de los tiranos armados contra nosotros, tal es la influencia de su liga con todos los hombres corrompidos, siempre dispuestos á servirlos. Así pues, los malvados nos imponen la ley de hacer traicion al pueblo, á riesgo de ser llamados dictadores. ¿Suscribirémos á esta ley? ¡No! Defendamos al pueblo, á riesgo de captarnos su estimacion; que corran al cadalso por la senda del crimen, y nosotros por la de la virtud.»

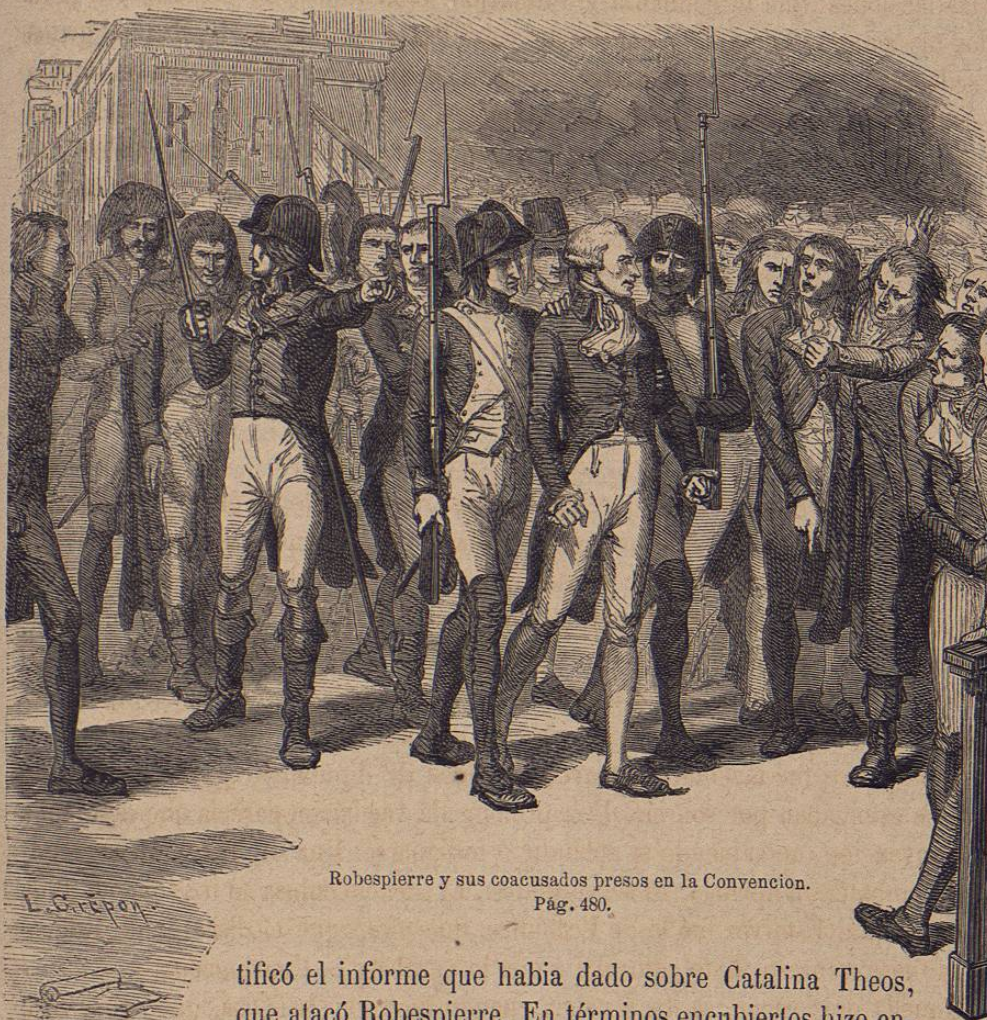
IV

Este extenso discurso, del que sólo hemos reproducido lo principal, dejando todo lo que no era sino el pretexto de la situacion, fué escuchado con un respeto aparente que servia para ocultar los sentimientos y los semblantes. Nadie se atrevió á expresar un murmullo aislado contra la sabiduría y la autoridad de semejante hombre. Esperaban que un murmullo general resonase para unirse á él; principiarlo era perderse. Cada uno temblaba en presencia de los demás. La hipocresía general de admiracion tenia la apariencia de una aprobacion unánime.

Robespierre fué á sentarse atravesando filas de diputados que se inclinaban y que se esforzaban por sonreír. Una prolongada vacilacion parecia que dominaba á la Convencion, no sabiendo si aplaudir ó indignarse. Una sublevacion era empeñar el combate; un aplauso, su servidumbre. El silencio cubria su irresolucion; una voz lo rompió. Esta voz fué la de Lecointre, que pidió que el discurso de Robespierre fuese impreso. Esto equivalia á que lo aprobase la Convencion.

Aquella proposicion se iba á votar, cuando Bourdon de l'Oise, que habia visto su nombre en todas las reticencias de Robespierre, y que conocia que una nueva audacia no le proscribiria más, resolvió interrogar el valor ó la cobardía de sus colegas. Experimentado en los síntomas de las grandes asambleas, el silencio de la Convencion le parecia un síntoma de libertad. Una palabra podia cambiarlo en sublevacion. Arrojar esta palabra en la Asamblea, si daba el golpe en vago, era jugar su cabeza, y Bourdon la jugó. «Me opongo—exclamó—á que se imprima este discurso; contiene materias demasiado graves para ser examinado; puede encerrar errores, como verdades. Está en la prudencia de la Convencion remitirle al exámen de los comités de salud pública y de seguridad general.»

Ninguna explosion resonó contra una objecion que el dia anterior habria parecido una blasfemia. El corazon de los conjurados se animó. Robespierre se admiró de su caida. Barere le miró, y creyó que ninguna adulacion era más compasiva que la que eleva el orgullo humillado. Sostuvo la impresion del discurso en términos que los dos partidos podian adoptar igualmente. Couthon, animado por la defeccion de Barere, pidió no solamente la impresion, sino la remision á todos los ayuntamientos de la república, y aquella impresion triunfal fué votada. La derrota de los enemigos de Robespierre se consumaba si no conseguian hacer retractar el voto. Vadier se levanta y se sacrifica. Robespierre intenta cortar la palabra á Vadier. Este insiste. «Hablaré»;—dijo con la calma que conviene á la virtud; y jus-



Robespierre y sus coacusados presos en la Convencion.
Pag. 480.

tificó el informe que habia dado sobre Catalina Theos, que atacó Robespierre. En términos encubiertos hizo entender que poseia la clave de los misterios en que sus mismos acusadores serian envueltos, y defendió al comité de seguridad general. «Yo tambien entro en la liza,—exclamó entonces el austero é íntegro Cambon,—aunque no he buscado formar un partido á mi inmediacion. No vengo armado con escritos preparados con anticipacion. Todos los partidos me han hallado intrépido en su camino, oponiendo á su ambicion la barrera de mi patriotismo. Ya es tiempo de decir la verdad entera. Un hombre solo paraliza la Convencion nacional, y este hombre es Robespierre.» A estas palabras, que estallan como el pensamiento comprimido de un hombre honrado, Robespierre se levanta y se excusa de haber atacado la integridad de Cambon.

Billaud-Varennes pidió que los comités acusados manifestasen su conducta. «No es el comité al que yo ataco,—respondió Robespierre.—Por lo demas, para evitar los altercados, pido que se me deje explicar con más extension.» «Nosotros lo pedimos tambien»,—exclaman levantándose doscientos miembros de la Montaña. Billaud-Varennes continuó: «Sí, Robespierre tiene razon: es necesario arrancar la máscara de los rostros en que se encuentra; y si es verdad que no somos libres, quiero más que mi cadáver sirva de trono á un ambicioso, que hacerme por mi silencio cómplice de sus maldades».

Panis, por mucho tiempo amigo y despues proscrito por Robespierre de los